

INTRODUCCIÓN

LOS MUSULMANES EN EUROPA HOY

El Islam y Europa diez años atrás

En 1993, el entonces recién creado Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense de Madrid convocó un Simposio Internacional, bajo el lema *Comunidades islámicas en Europa*. Tras las celebraciones del año anterior, conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América y de la unificación territorial de España bajo los Reyes Católicos, en las que tantos encuentros académicos y festivos habían planteado una imagen, en lo que a las relaciones con el mundo musulmán y a la realidad peninsular se refiere, bastante edulcorada y mitificada, desde el Instituto se planteó la necesidad de llevar a cabo un encuentro, en el que se analizara esa realidad del pasado y sus efectos en la realidad del presente, comparando los resultados con las situaciones que se vivían en otros países de Europa que habían ya tenido una relación más larga y extensa con la inmigración de musulmanes.

Así mismo, en aquel momento, la fragmentación de la antigua Yugoslavia y el conflicto entre las diversas repúblicas que de ella derivaron, ponían en primera línea del debate una cuestión que parecía del pasado: Las guerras de religión. Esto llevó a numerosos expertos a plantearse el papel de la religión o las religiones en los diversos conflictos, como en éste de los Balcanes, pero también como elemento constituyente en otros que se producían en África o Asia. Apuntaba también en el debate académico, en aquel momento, el conflicto entre civilizaciones y estas cuestiones eran abordadas desde muy diversas perspectivas, pero no tanto desde la de los expertos en religiones. Tanto es así que se confundían con frecuencia los espacios de lo sacro y lo profano, se confundía cultura con civilización y se maximizaban, tanto en positivo como en negativo, los sistemas simbólicos de representación, convirtiéndolos en absolutos conducentes al conflicto o al buen entendimiento. De todo ello da buena prueba la fluctuación en los términos utilizados y la falta de definición exacta de sus contenidos que más bien dependían de la intención de quien los utilizaba.

Todo esto empezaba a influir de manera clara en la valoración que se hacía del movimiento migratorio, sobre todo, cuando éste aportaba a Europa a un número cada vez más creciente de inmigrantes procedentes de países con una religión diferente a las confesiones cristianas mayoritarias. No obstante y a pesar de la importancia que se otorgaba entonces al tema de lo religioso, a sus implicaciones políticas, sociales y culturales, aún el islam no se había manifestado como una fuerza de primer orden, aunque ya se hubiera producido la revolución islámica de Irán y, en otros lugares, como Sudán, Argelia, Libia, Mauritania o Afganistán, aparecieran movimientos violentos, sedicentes islámicos, que accedían al poder por medio de golpes militares o por la vía del terror.

Pasada una docena de años de aquel encuentro, no sólo la situación de España ha cambiado y aquella imagen ideal de la convivencia de las Tres Culturas ha sido puesta en su justa dimensión y sometida a crítica, aunque pervivan aún algunos de aquellos rasgos idealizados, sino que la inmigración, en aquel momento incipiente, se ha desbordado ampliamente, creando no pocos conflictos de toda índole. A ello, ha de sumarse una realidad no contemplada en aquel momento. Entonces, acababan de sellarse los acuerdos entre el Estado español y las llamadas confesiones de ‘notorio arraigo’, entre ellas el islam.

Estos acuerdos afectaban a la consideración de derechos de españoles, nacionales o nacionalizados, que no pertenecían a la confesión mayoritaria; el cristianismo católico, y que pasaban a ver reconocida su pertenencia a otra confesión religiosa. Ello exigía que estas confesiones, consideradas de ‘notorio arraigo’, presentaran un rostro común y tuvieran una representación autorizada, lo que, en una confesión como el islam, en la que no existe propiamente una jerarquía religiosa, obligó a la formación de diversas asociaciones de musulmanes, cuya representatividad era en alguna medida contestada entonces y lo sigue siendo hoy, pues cada una de estas asociaciones pretende aunar a musulmanes de muy diversa procedencia, incluyendo a aquellos españoles que han adoptado el islam como religión.

De alguna manera, los musulmanes dejaban de ser individuos aislados y originarios de diferentes países, para constituirse en una comunidad identificada por su adscripción religiosa, más que por sus peculiaridades culturales y nacionales originarias, pues todos eran ciudadanos españoles.

Pero, el efecto no tenido en cuenta fue que, precisamente, la mayoría de los musulmanes que habían arribado a España no tenían la nacionalidad española y, aún más, muchos de ellos se hallaban en territorio español de manera irregular. Sin embargo, al reconocer los derechos ciudadanos a los musulmanes en lo que respecta al culto y a otras cuestiones derivadas de la creencia religiosa como la enseñanza o la asistencia pastoral en centros sanitarios y penitenciarios, aunque se hubiera llevado a cabo este reconocimiento en función de su nacionalidad –no era de justicia que nacionales españoles recibieran un trato de ciudadanos de segunda clase en razón de su fe-, la realidad imponía poco a poco que el número

mayoritario de beneficiarios de esos derechos fueran aquellos recién llegados, carentes en muchos casos de una situación plenamente legalizada como residentes.

Al convertir a los ciudadanos en objeto de derechos a partir de su adscripción religiosa, se estaba creando un régimen particular de derechos para una población inmigrante que no había tenido, hasta su arribada, ninguna relación de ‘arraigo’ con España, pero que se ‘colaba’ en esos derechos por la vía de su pertenencia a una determinada confesión. En este sentido, ese reconocimiento de derechos suponía, además, que aquellos inmigrantes laborales, cuyas dificultades y problemas primarios eran el lograr la estabilidad y el reconocimiento de su residencia, un trabajo digno con un contrato reglado, una vivienda, atención sanitaria, reagrupamiento familiar, escolarización de los hijos, etc., se veían identificados por sus derechos religiosos y no tanto por sus derechos sociales.

Esta realidad se ha ido modificando poco a poco y se han ido concediendo derechos a los inmigrantes musulmanes en su condición de inmigrantes y en la medida en que han regularizado su situación, convirtiéndose en ciudadanos residentes. Sin embargo, persisten algunas cuestiones que dividen a la sociedad española y la sitúan en un enfrentamiento ficticio que, por otra parte, viene a complicarse con la consideración general con la que aparece el islam a los ojos de los ciudadanos de a pie. De tal manera que por una doble vía, las personas procedentes de países del Magreb y de otros lugares de África y Oriente Medio o Asia, son fundamentalmente identificadas como musulmanes y no tanto como trabajadores inmigrantes, con lo que la adscripción religiosa cobra una dimensión más amplia.

La inmigración creciente, por otra parte, se halla enmarcada en el derecho de movilidad de las personas que atiende a la libre circulación de los individuos y a otros derechos colaterales, como son el derecho de asilo y refugio. Pero estos derechos, reconocidos a los ciudadanos de los países de la Unión Europea, se ven restringidos en el caso de ciudadanos de terceros países. En muchos casos, también, se confunde la situación de determinados sujetos que son perseguidos en sus lugares de origen, sea por disidencia política o porque aquellos lugares de origen se hallan bajo dictaduras o en conflicto armado. Estas situaciones peculiares, con cierta frecuencia, son difíciles de demostrar por parte de aquellos que las padecen y pasan así a engrosar las filas de quienes emigran por razones económicas y utilizan las vías de la clandestinidad.

La realidad de hoy

En el momento presente y en el año (2006) en que se celebra el encuentro cuyas aportaciones se recogen en este volumen, la imagen del islam en general ha sufrido un proceso de grave deterioro por muy diversas razones. Mientras que la inmigración, independientemente de su procedencia, por su parte, se ha incrementado de tal modo que, con mucha frecuencia, es objeto de debate en todos

los niveles, desde la calle a los despachos políticos. Tanto una como otra de estas cuestiones no son, en la mayoría de los casos, objeto de un examen reposado, sino que los acontecimientos se suceden a tal velocidad que las respuestas y análisis son apresurados, miméticos o reactivos. Las cuestiones aparecen o desaparecen del debate, no tanto por los hechos concretos que ocurren dentro del territorio español, sino más bien siguiendo las respuestas que se proporcionan en otros lugares del entorno cultural y político europeo.

De manera que al enfrentar una reflexión acerca del islam en Europa en el presente, nos encontramos con dos elementos bien diferenciados que, sin embargo, se presentan imbricados de tal manera que resulta difícil prestar a cada uno la atención que merece y, por supuesto, el tratamiento que le corresponde. Por una parte, se plantea la cuestión religiosa, con todo su acompañamiento simbólico, cultural y civilizacional, y, por otra parte, la consideración de la inmigración en tanto que ciudadanos extranjeros y fuerza laboral.

En este sentido, la dimensión religiosa, como expresión humana, entre otras, no llega a separarse de otros aspectos que se presentan bajo una capa de religión. De manera que, en un mundo y una sociedad como la española cada vez más laica, el debate acerca de la presencia de lo religioso en el espacio público, se mezcla con la realidad del tránsito desde una sociedad uniforme, al menos externamente, en hábitos, costumbres y creencias, muchas veces vividas al modo tradicional y sin que los creyentes tengan una formación cualificada, a una sociedad plural en la que se da la presencia de grupos humanos que profesan otra fe que, como es obvio, viene acompañada de sus propios elementos rituales y cultuales, así como con prácticas y costumbres diferentes, sin que ello signifique tampoco que la mayoría de los confesantes posean esa fe sino en el estadio de la comprensión e integración tradicionales.

Pareciera entonces que el debate se desplaza desde el análisis de lo que es fenomenológicamente religioso, hacia un terreno que tiene que ver con lo sociológico o lo ideológico y político. Es decir, simplificando mucho la cuestión, los acercamientos a la pluralidad religiosa se hacen desde una perspectiva de los derechos humanos, pero en el terreno de la tolerancia y no tanto en el terreno del intercambio. En este sentido, la sociedad occidental y española aparece como la portadora de unos valores no connotados religiosamente que permiten la coexistencia de diversas comunidades de creyentes, pero siempre que no se entre en un estudio comparativo o en un diálogo real entre confesiones y con los pensadores o militantes de la laicidad. Esta realidad, a niveles populares, se vive como una indiferencia generalizada hacia lo religioso que se ve más como un rasgo del pasado, que se tolera en los autóctonos, pero se rechaza en los ajenos como una señal de identidad añadida, pero anacrónica y reveladora de atraso. En el mejor de los casos, el modo de observación de la diferencia religiosa no pasa de la curiosidad folclórica.

Este fenómeno de las tensiones entre laicidad y religión se manifiesta igualmente a nivel de calle en la poca sensibilidad hacia la propia imagen. Es decir,

muchos españoles que han abandonado la práctica religiosa se ven a sí mismos como no creyentes, pero mantienen una serie de costumbres y actos sociales que tienen un origen religioso. Al enfrentar a otros que poseen otros hábitos y costumbres, entienden que proceden de un fondo religioso, que ignoran en buena medida y que rechazan por considerar que no es ‘moderno’ y ‘avanzado’, pero no son conscientes de estar presentando en sus propias manifestaciones rasgos peculiares que proceden de una fe largamente mantenida.

Acontecimientos políticos internacionales y la imagen del Islam

Desde hace algún tiempo, que podríamos fijar en el comienzo de los años noventa del siglo XX, la caída del muro de Berlín, la consecuente descomposición de la Unión Soviética, el fin de la Guerra Fría y el triunfo de una revolución islamista como la del imam Jomeini en Irán, la imagen del mundo ha empezado a cambiar. Pero no se debe olvidar que esa imagen, ya entonces, no era la imagen real del mundo, sino la que se percibía desde Europa y, en particular, desde Estados Unidos. El resto del mundo, considerado ‘la periferia’, poco o nada tenía de presencia, a pesar del fin de los procesos coloniales y del acceso de muchos nuevos Estados a una identidad nacional diferenciada, especialmente en África, Oriente Medio y Asia, donde muchos de estos países eran de mayoría musulmana o donde había unas minorías musulmanas cifradas en varias decenas de millones de personas.

Esta imagen, por otra parte, que podría ser una forma de visión aceptable, no lo era al ignorar que esa periferia se hallaba inmersa en la influencia tanto ideológica como política y económica del ‘centro’, pero en una franca situación de inferioridad. Es decir, mientras los discursos políticos, ideológicos o académicos, en Iberoamérica, África o el Mundo Árabe, respondían claramente a un lenguaje muy similar al que podría emplearse en Europa o Estados Unidos, desde estos centros se seguía considerando a aquellos territorios, habitados por dos tercios de la población mundial, como un ‘otro’ totalmente diferente y objeto de vigilancia, de tutela o de clara injerencia.

El giro tomado por los acontecimientos y, en particular, la caída de la Unión Soviética, además, dejó a este mundo central, capitalista y neoliberal, sin un contrincante autorizado. Especialmente, Estados Unidos dejó de ser el salvador del mundo civilizado, como lo había sido tras la Segunda Guerra Mundial, y pasó a ocupar el papel de ‘sherif’ mundial, garante de las libertades y guardián de los sistemas democráticos. Esta situación debilitó a organismos internacionales como Naciones Unidas, cuya misión era la de actuar de árbitro en los conflictos regionales. Paulatinamente los ciudadanos corrientes han ido perdiendo la confianza en el papel moderador y en el prestigio moral de estas instituciones. La política estadounidense se ha dedicado en los últimos dos decenios, entre otras cosas, a señalar quiénes son aquellos Gobiernos o Estados que resultan

incompatibles con su planteamiento neoliberal y democrático. En los tiempos más recientes, con un lenguaje maniqueo y simplista, ha llegado a declarar qué Estados forman parte del llamado ‘eje del mal’. Resulta evidente, para el observador menos avisado, que esta política tiene por objeto fundamental la creación de un ‘enemigo’ visible, al que las naciones civilizadas deben combatir allí donde se manifieste. De alguna manera, se trata de un ‘remake’ del viejo espíritu colonial, actualizado y, en muchos casos, ni siquiera paliado por aquel otro viejo espíritu, verdaderamente aventurero y civilizador, de los exploradores de finales del siglo XIX, fascinados por el Oriente o por la misteriosa África y, en muchos casos, inculturados y absorbidos por las tierras objeto de su fascinación.

En este contexto, el islam, como si se tratara de un bloque homogéneo e indiferenciado, aparece como el elemento que contiene todos los rasgos para ser una amenaza. Se trata de un antiguo Imperio, belicoso y enfrentado a Occidente desde sus inicios, que llegó a amenazar en diversas ocasiones el corazón de Europa, incluso antes de que ésta existiera como tal ni se sospechara de su posible existencia. Bajo la bandera de la Media Luna, fue el oponente permanente de la Cristiandad, heredera del glorioso Imperio Romano, el más civilizador de los imperios. Con este imaginario de telón de fondo, se construye la amenaza islamista, que ha ido cambiando de nombre según las modas y las diversas políticas, pasando por el fundamentalismo y el integristismo, hasta llegar al terrorismo islamista.

En este planteamiento, de poco sirven los discursos que separan a la fe musulmana de su realización histórica o de la piedad privada, en muy poco o en nada son tenidos, cuando argumentan acerca de que el Renacimiento europeo llegara a ser posible precisamente por el sostenimiento, difusión y transmisión de la cultura griega y persa por parte de los musulmanes y, desde luego, nulo crédito merecen cuando señalan que el islam se enmarca en el espacio de las religiones monoteístas, reveladas y proféticas, junto con el cristianismo y el judaísmo, todas ellas procedentes de la misma área geográfica y a su vez herederas de una larga experiencia espiritual que hunde sus raíces en las cosmogonías de la antigua Mesopotamia.

De este modo, simplificado forzosamente por el espacio que estas páginas deben ocupar, se construye una imagen del islam que se corresponde con el perfecto antagonista del que cabe precaverse, pues es una amenaza para el sistema de valores occidental, al tiempo que se justifica cualquier forma de ‘guerra preventiva’ que pueda mantener a ese enemigo dentro de sus propias fronteras y alejado del ‘centro’.

Esta construcción de un ‘otro’ no se hace sin la intervención del mismo. Muchos son los musulmanes que ante esa imagen peyorativa, largamente construida, tratan de borrar toda señal de identidad musulmana, aculturándose y optando por una total occidentalización. Otros tratan de compaginar su ser musulmán con las ventajas que puede ofrecer una tecnología occidental más avanzada e incluso se han sumado a corrientes de pensamiento e ideologías

occidentales, esperando con ellas recuperar su espacio, dejando de ser periferia y adquiriendo un puesto en la centralidad. Finalmente, algunos, desengañados de que su alianza con Occidente o sus intentos de equilibrio dieran pocos o nulos resultados, optaron por un retorno a los orígenes, leídos de maneras diversas y peculiares, compusieron un nuevo mito sobre los tiempos fundacionales y tomaron la vía de un rearme moral a partir del islam.

Estos últimos han tomado diversos caminos. Unos, el de la resistencia pasiva, que les ha llevado a crear comunidades y movimientos de autodefensa. Otros, más beligerantes, han creado verdaderos partidos políticos, se han lanzado a la arena pública y han desarrollado milicias y brazos armados para imponer por la fuerza su ideario. Este nuevo zelotismo musulmán se plantea como una mezcla de nacionalismo, internacionalismo islámico y rechazo al extranjero que también abarca al extraño. Es decir, por una parte, se presenta como defensor de la patria y de su integridad y valores, pero se apoya en la *'umma*, la fraternidad entre todos los musulmanes, y rechaza al extranjero, al que ve como agresor y enemigo 'cristiano', pero también excluye a aquellos musulmanes que no aceptan su versión del islam.

En muy buena medida, el zelotismo musulmán es la reacción a la imagen construida por Occidente, partiendo del muy simple razonamiento: Si el islam y los musulmanes son un enemigo a batir, seamos un enemigo difícil de batir.

Estas construcciones ideológicas, de un lado y de otro, no sólo convierten al islam en la única señal de identidad indiferenciada de cerca de mil doscientos millones de habitantes de este Planeta, sino que colocan a otros tantos en la posición de responder a una única señal de identidad; la de ser cristianos. Con este modo de plantear las cuestiones, arribamos a un callejón sin salida. La fe religiosa es un terreno delicado, privado, dogmático y excluyente en buena medida, si se convierte en la única identidad de los individuos. Mientras que si se considera que es una más de las posibilidades de desarrollo de los seres humanos, que forma parte de su bagaje espiritual y sentimental, que corre paralelo con sus capacidades de expresión intelectual y racional, permite muchos otros espacios de contacto, de consenso y de intercambio, sin por ello tener que privarse de la expresión pública de la fe.

Esta imagen, sometida a estas estereotipaciones promovidas desde intereses políticos y económicos enfrentados, es la que arrastran los inmigrantes cuando acceden al espacio europeo. La misma con la que perciben a sus anfitriones e idéntica, a su vez, a la que éstos tienen de sí mismos. Pues no debe olvidarse que tanto unos como otros, los del centro y los de la periferia, están sometidos a idéntico bombardeo ideológico y tienen permanentemente ante los ojos las mismas imágenes difundidas por una información cada vez más accesible y globalizada. Por ello, es frecuente, incluso a pie de calle, recoger afirmaciones acerca de 'nuestros valores', como algo antagónico a 'sus valores'. Así, el discurso, curiosamente, se desliza a diferencias éticas que para unos y otros tienen, en muchos casos, connotaciones trascendentes.

Al ser grupos humanos reducidos a una única seña de identidad, la de su pertenencia a una determinada confesión, unos y otros se enfrentan a una moral trascendente, que no puede ser objeto de negociación, tenga o no tenga verdadera apoyatura en la revelación y que, en muchos casos, procede del polvo de los siglos de interpretaciones tradicionales, populares y locales, cuando no a los intereses generados por alternancias de poder y presencia histórica.

La inmigración y su consideración

Sin embargo, frente a estas realidades que pueden ser objeto, y lo son, de debate académico y filosófico, se plantea la urgencia de resolver la situación de oleadas de inmigración que acarrearán problemas sociales, políticos, económicos y culturales de muy diversa intensidad y calado. Es decir, nos enfrentamos a una realidad en la que personas procedentes de la periferia reclaman su acceso al centro, en busca de bienestar, estabilidad, seguridad y, sobre todo, de la posibilidad de construirse su propia elección de modos de vida.

A lo largo de estos años de crecimiento de la inmigración, fundamentalmente de carácter laboral, también se han ido creando mitos que han producido reacciones paradójicas en la población de recibo. Mientras se argumentaba, en momentos de elevado desempleo, con el peligro que suponía una mano de obra barata y desprotegida, al mismo tiempo se creaban asociaciones ciudadanas de acogida y protección de los inmigrantes. Mientras se reconocían los derechos a la libertad religiosa, se montaban protestas vecinales por la construcción de un oratorio o de una mezquita. En tanto los medios de comunicación difundían, como seña de la europeización de España, la creciente diversidad de la procedencia de sus nuevos habitantes, que coloreaban el campo y las ciudades con sus modos de vestir, sus costumbres y, en ocasiones, con el tinte de su tez, se despoblaban determinados barrios, porque sus tradicionales vecinos no deseaban compartir espacio con los recién llegados, mientras otros veían un negocio lucrativo en adquirir pisos a bajo coste para alquilarlos, en comunas insostenibles, a los inmigrantes. En momentos de desarrollismo urbano desmedido y encarecimiento de la vivienda, los sistemas sociales públicos concedían viviendas de protección a inmigrantes, lo que levantaba y levanta protestas airadas en la población juvenil, especialmente, que no puede emanciparse por el alto coste de la vivienda, pero frente a ello, algunos empresarios, que no merecen tan digno nombre, se enriquecían contratando mano de obra barata y alojando a sus operarios inmigrantes en condiciones infrahumanas, lo que, finalmente, llevaba a no pocas tensiones sociales en el entorno donde esta explotación se producía.

Las reacciones sociales, de las que las señaladas son una pequeña muestra, corrían en paralelo con políticas erráticas que bien marcaban las diferencias religiosas por una vía indirecta, como ya se ha señalado, bien se mostraban proclives a la extensión de los derechos sociales o bien se planteaban la cuestión en

el simple terreno del orden público, la vigilancia de fronteras o el cierre hermético de las mismas.

Pero, las acciones vacilantes de la política con respecto especialmente hacia los musulmanes no se referían en exclusiva a la inmigración. Todo ello formaba parte de las contradicciones entre el viejo paradigma de la ‘proverbial amistad con los pueblos árabes’, que chocaba con actitudes de franca desconsideración hacia gobiernos de países mayoritariamente musulmanes, en las que se podía detectar un cierto tufillo de rancio colonialismo. Para colmo, los sucesivos actos de terrorismo islamista, tanto dentro de las fronteras españolas como fuera de ellas, leídos por algunos sectores como ‘atentados contra la Cristiandad’, o ejercicios de libertad de expresión que, en realidad, eran la otra cara del fundamentalismo, en este caso el de una militancia laicista a ultranza, han terminado por enturbiar la consideración de los musulmanes que viven en España, sean nacionales o residentes, complicando de tal modo el panorama, que las medidas políticas y sociales parecen sucederse sin gran orden y más bien como ‘apagafuegos’, y no con el carácter de una política diseñada para establecer cauces por los que la convivencia pueda devenir en un intercambio fecundo de carácter cultural y humano.

La reflexión de cara al siglo XXI

Tal como ya se hizo en 1993, se pretendía en esta ocasión comparar la situación en España con la experiencia de otros países del entorno europeo. Si en aquel momento, la situación en España resultaba peculiar, novedosa y, en cierta medida, original, la ‘globalización terrorista islamista’ y la creación de un ‘enemigo musulmán’ han producido modelos mucho más cercanos y soluciones políticas de una labilidad muy semejante, por causas también muy parecidas. Si entonces, países de nuestro entorno político, por su más larga experiencia, parecían poseer un modelo interesante al que prestar atención, o incluso una fórmula a adoptar con las variantes pertinentes, transcurrido ese tiempo y tras los brotes de violencia callejera en barrios periféricos de París y otras ciudades francesas, o la presencia en células terroristas de individuos nacidos en el Reino Unido y aparentemente integrados en la vida europea, se observa que la integración no se ha producido, al menos en alguna medida, que los sistemas empleados tienen lagunas o no han producido los efectos esperados, que el tratamiento político de los inmigrantes musulmanes, así como las reacciones de la población de recibo y de los propios inmigrantes presentan un rostro confuso y errático, pero, en cualquier caso cargado de tensiones.

Las aproximaciones académicas, que describen desde sus diversas especialidades el fenómeno, ofrecen muchas semejanzas y apuntan a una serie de cuestiones concretas como clave para la comprensión del fenómeno, que el lector de estas páginas podrá descubrir por sí mismo y evaluar dónde se hallan las claves de los conflictos. Así mismo la realidad en países como Dinamarca, que ha estado

en el ojo del huracán en tiempos bien recientes, en relación con el debate acerca de la libertad de expresión, o de Alemania, con una larga experiencia en inmigración y su evolución, nos sitúan frente a una realidad política y social que es bastante semejante a la situación española y pone claramente de manifiesto cómo el tema de la acogida, de la convivencia, en medio de las diferencias, no está aún resuelto.

Para que el debate fuera lo más abierto posible y no se quedara encerrado en los muros de la academia, se invitó, como en la ocasión precedente, a personalidades de la política, de la acción social, cultural y sindical de diverso signo y con presencia diferente en la sociedad española a participar en sendas mesas redondas, en las que se pretendía contrastar la visión desde la política y las agrupaciones sindicales, así como la de los agentes confesionales o laicos que se dedican a la labor social.

Es de señalar que por unas u otras razones -algunas justificadas y otras menos- la presencia de políticos en activo fue nula, de manera que no podremos encontrar sus argumentos en estas páginas. De la participación sindical, representada por Fernando Crespo Zorita (UGT) y José Antonio Moreno Díaz (CCOO), así como de la de agentes sociales, -lamentablemente y por razones de salud no pudimos contar con la presencia de Antonio Martínez (Comisión de Migraciones del Arzobispado de Madrid)- como Hassan Arabi (Asociación de inmigrantes magrebíes), Tomás Alberdi (FRAVM) y Mohamed Ajana El-Ouafi (Asociación de Musulmanes de España), entresacamos algunas de sus experiencias en el trato con inmigrantes, como trabajadores y como vecinos de barrios o, simplemente ciudadanos, que acuden a los servicios sociales en demanda de atención.

Todos estos participantes pusieron de manifiesto que la legislación vigente es incompleta o se aplica sólo parcialmente o, en muchos casos, no se aplica por falta de medios. También señalaron que en no pocas ocasiones algunas de las normativas en vigor no tienen los efectos deseados o bien porque se aplican deficientemente o bien porque están permanentemente sujetas a cambios y retoques, lo que plantea no pocos problemas de estabilidad y continuidad en las acciones sociales. También señalaron como problema la excesiva complejidad de los trámites que los inmigrantes en general deben llevar a cabo para acceder a los beneficios que les corresponden. En cualquier caso, la política de los sindicatos se plantea, en general, tratar a los inmigrantes tanto en situación legal como no, como si de ciudadanos trabajadores de pleno derecho se tratase.

Estos mismos participantes, desde sus diversas ópticas, señalaron problemas de xenofobia hacia los musulmanes en general, trato discriminatorio, desconfianza y rechazo, junto con actitudes de colaboración, respeto y tolerancia. Todos ellos coincidieron en que la imagen del islam y de los musulmanes es bastante desconocida y se basa más bien en prejuicios y estereotipos y no en un conocimiento bien fundado que, por otra parte, consideraban que era difícil de alcanzar a través de los medios habituales de información que están al alcance del ciudadano medio. Reconociendo que en los últimos tiempos los medios de comunicación españoles habían hecho un esfuerzo considerable por clarificar los

términos con los que referirse a musulmanes, dependiendo de las circunstancias concretas, todavía quedaba mucho por corregir, en el sentido de que la imagen seguía siendo bastante monolítica y se aplicaba indiscriminadamente a cualquier musulmán como si este perteneciera a una única orientación y a un mismo origen.

En las reivindicaciones de los participantes musulmanes en estas sesiones de mesas redondas se observaba en cierta medida una tendencia a plantear las cuestiones en el registro del agravio comparativo. Percibían lo que consideraban un trato privilegiado para ciertas confesiones mayoritarias en España y reclamaban un trato igualmente preferente para los adherentes al islam. En este sentido, los calendarios laborales jugaban un papel significativo, así como otros hábitos y costumbres, cuya raíz es cristiana, aunque en el momento presente aparezcan como cuestiones totalmente seculares desde el punto de vista legal y desde la percepción de muchos españoles no musulmanes.

Muchos manifestaron su rechazo al planteamiento del *choque de civilizaciones* y consideraban que era un motivo para la esperanza el proyecto de *alianza de civilizaciones*. Todos estaban convencidos de las interferencias que la política global e internacional ejerce sobre el trato a la inmigración, especialmente a la procedente de países de mayorías musulmanas. También hicieron ver, en reiteradas ocasiones, que sus planteamientos no se presentaban como cuestiones religiosas; aceptando la realidad de un Estado aconfesional, celebraban la pluralidad política, la democracia y la posibilidad de la participación ciudadana y asumían que las cuestiones religiosas pertenecen al ámbito de lo privado. Sin embargo, en este sentido, resultaban contradictorias sus reclamaciones de un trato de alguna manera preferente, por comparación con el trato otorgado a otras confesiones. Casi todos coincidían, así mismo, en señalar que la consideración hacia los inmigrantes musulmanes en España, a pesar del terrible atentado del 11 de marzo, ni había empeorado de manera significativa, ni tampoco se hallaba la población musulmana en los niveles de crispación que se observaba en otros lugares. Era opinión mayoritaria que las segundas y terceras generaciones de musulmanes se hallaban, en el momento presente, mejor integradas que en otros países del entorno, pero, consideraban que no se podía bajar la guardia, y determinados problemas, como aquellos a los que ya se ha hecho referencia, debían ser resueltos para evitar que en un futuro más o menos próximo pudieran darse brotes de violencia.

Al poner los pies en la realidad cotidiana, el discurso académico cobra toda su profundidad y su capacidad de análisis objetivo de los fenómenos. Puede así señalar hacia lo que es el verdadero problema de fondo. En una sociedad como la europea en general y la española en particular en un claro proceso de secularización, al menos en lo que a las ideas se refiere, aún interfiere la comprensión de lo religioso como una forma de poder que debe ser contenida. Pero, al mismo tiempo, en una especie de paradoja, se considera a la religión, sobre todo a la ajena, en tanto que manifestación cultural, como una seña de identidad que debe preservarse y protegerse. Con ello, de algún modo, se demuestra que el discurso pre-colonial y etnocéntrico no ha sido superado, sino únicamente

matizado, cuando no encubierto bajo un nuevo vocabulario considerado más correcto.

De ahí, en buena medida deriva el hecho de que los conflictos que plantea una inmigración mayoritariamente laboral no dejen espacio para que se analice lo que representan, dentro del colectivo de personas procedentes de países de mayorías musulmanas, los intelectuales. La existencia de regímenes políticos unipartidistas o dictatoriales, así como la falta de horizontes profesionales empujan a muchos intelectuales a expatriarse. Ellos, con una formación que reúne los aportes culturales de su lugar de origen y los europeos, ofrecen una óptica que examina a su propio mundo y a los colectivos de inmigrantes en su nuevo entorno.

Con frecuencia se olvida que, mientras muchos europeos tienen un gran desconocimiento del mundo musulmán y de sus lenguas y culturas, los musulmanes poseen un conocimiento bastante amplio no sólo de lenguas europeas, sino de la historia, de la política y de múltiples aspectos de la cultura occidental.

Estos intelectuales, además, proporcionan una visión diferente de los hábitos, costumbres, políticas y actitudes de los ciudadanos del lugar de acogida. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, la emigración mediorienta al continente americano, sirios y libaneses fundamentalmente, constituyó una nueva voz en aquellos lugares, pero, sobre todo, fue un acicate para las clases intelectuales de los lugares de origen. Gracias a estos emigrantes de entonces, la literatura y el pensamiento árabes dieron un importante vuelco, cuyos efectos aún se perciben. Ellos renovaron el lenguaje poético y prosístico, crearon nuevos modos artísticos y abrieron cauce a géneros de éxito como la novela o el cuento, de los que los narradores árabes actuales son maestros.

Salvo excepciones, estos intelectuales exilados y arraigados en diversos lugares de Europa, no tienen mucho eco en la población general, pero sí una cierta influencia en sus lugares de origen. Especialmente los de lengua árabe que colaboran en diversos medios de comunicación con base en Occidente, suelen ser un eficaz instrumento para la creación de opinión entre los habitantes de muy diversos países. Gracias a las emisiones por satélite y a la difusión internacional de diarios, sus análisis de la realidad tanto europea como de los emigrantes en Europa llega a muchos rincones. Muchos europeos se sorprenderían del buen conocimiento que de la realidad de aquí se tiene en rincones muy apartados del mundo árabe musulmán. En este sentido, con frecuencia se ignora la creación literaria que estos autores llevan a cabo también en los países de acogida. El trabajo de Pedro Martínez Montávez es en este sentido ejemplar, pues muestra cómo hay una visión desde los ojos de los intelectuales árabes que nos ofrece una perspectiva muy diferente de la que los habitantes del continente europeo tienen de sí mismos.

Por otra parte, sigue vigente la construcción de identidades nacionales e internacionales en el ámbito europeo, que coexiste, en una tensión bastante encubierta, con los imperativos de la globalización y con la definición de esa identidad en contraste con un 'otro' diverso.

Por razones de índole económica y de economía de la gestión, la división del mundo en bloques homogéneos, pero enfrentados, resulta más conveniente. Las discusiones acerca de pluralidad cultural, multiculturalidad, aculturación e inculturación ponen de manifiesto cómo en el fondo la complejidad de las relaciones humanas quiere ser reducida a algún paradigma definido, aunque suponga enfrentamientos, porque estas divisiones en bloques permiten un mejor manejo. Cabe sospechar que *la alianza de civilizaciones* no sea sino otra forma de perpetuar estos modelos bipolares que, finalmente, no aboquen a un mestizaje y un cambio cultural, sino a mantener unos cauces de diálogo, pero sin real intercambio.

Otro asunto de carácter más general se pone también de manifiesto. La capacidad de absorción de mano de obra por parte de Europa y de España en particular se halla sometida a tensiones centrífugas. Si, por una parte, la internacionalización de la economía provoca que las empresas transnacionales elijan aquellos espacios más convenientes a sus intereses, en los que la protección social es más baja, produciendo el cierre y consiguiente paro de empleados nacionales, determinadas tareas, servicios o trabajos en la construcción o en las labores del campo, no son vistos por estos trabajadores como empleos alternativos y son ocupados por inmigrantes. Ante este fenómeno, las protestas de las corporaciones de trabajadores ponen al Estado en el compromiso de dar respuesta a su descontento, aumentando la protección social o creando alternativas a partir del erario público. Por otra parte, una fórmula que ya tiene un cierto tiempo de vida plantea que el freno a la inmigración, en particular a la clandestina, además de la persecución de las mafias que trafican con personas, es la creación de cupos de trabajadores, simultaneada con la creación de empresas en los países emisores de emigración. En este sentido, también el Estado ha de invertir parte importante de sus esfuerzos no sólo en la lucha policial y el control de fronteras, sino en el fomento de iniciativas económicas que se dirijan a cubrir los fines señalados. De este modo, la cuestión de la inmigración no sólo no es ya una cuestión religiosa o social que se libra en el suelo nacional, sino que adquiere dimensiones internacionales. La complejidad, pues, del fenómeno se sitúa en el espacio del tratamiento de los Países en vías de Desarrollo y de los planteamientos éticos de una economía cada vez más compleja y globalizada. Así, los derechos individuales a elegir el lugar de residencia, a poseer un trabajo digno, a lograr una plena realización humana en todos los sentidos, chocan con una multiplicidad de intereses cuya gestión es aún más difícil que la de contemplar e interrelacionar las identidades múltiples.

En cualquier caso, lo que se echa de menos es la presencia de los propios musulmanes en debates más generales, aunque en esta ocasión se les haya dado voz, tanto a académicos como a aquellos que están a pie de calle en la tarea social cotidiana. Sin embargo, tal vez esas voces no dejen de pertenecer al centro, estén dentro del sistema y ejerzan sólo una crítica parcial, de manera que ofrecen unas alternativas que consolidan de alguna manera lo ya existente.

No obstante su limitación, sería de esperar, quizá en el nivel de los sueños que jamás se realizan; es decir, en el de la utopía, que encuentros como este sirvieran para hacer evidente que se necesita una creatividad que plantee soluciones diferentes. Una creatividad que haga hincapié en cuestiones como la austeridad, la preservación del medio, la preeminencia de un pensamiento colectivo. Creatividad que surgiera no tanto del recelo y el miedo o de intereses privativos y excluyentes, sino que fuera quizá más ingenua, confiada e inocente.